

EL ENSAYO: FUNCION INTERPRETATIVA DE UN GENERO DE CREACION*

José Emilio Osses

“Y aquí es donde reside la principal actualidad de Hegel: la proposición especulativa no es tanto enunciado como lenguaje [...] La ‘proposición especulativa’, que de este modo exige y mueve al pensar, tiene así, de un modo que no es posible desconocer, su existencia en sí misma, a la manera como la tienen la palabra lírica o el ser de la obra de arte. En la subsistencia de la palabra poética y de la obra de arte se encuentra contenido un enunciado que consiste en sí; y así como la proposición especulativa exige una ‘exposición’ dialéctica, así también la ‘obra de arte’ exige interpretación, aunque ninguna interpretación pueda agotarla por completo”.

H.-G. GADAMER,
La idea de la lógica de Hegel

La actitud que a continuación se adopta para tratar el tema no es la de lector-intérprete, ni se identifica con la del científico de literatura (si hubiese que separarlo del lector), ni puede —tanto menos— ser la propia del ensayista, aun cuando se haya de señalar desde un principio a éste como el poseedor de la situación más legítima o incluso de la única adecuada. Digamos, por tanto, que se trata de la postura que distingue al “crítico”; o, mejor, de quien contempla con criterio que discierne en cuanto a las posibilidades de una interpretación en literatura.

*Ponencia leída con ocasión del Tercer Seminario Nacional de Estudios Literarios, realizado en la Universidad de la Frontera, Temuco, en noviembre de 1984.

El texto que va a continuación contiene idéntico planteamiento de ideas, pero amplía la exposición de las mismas. Por otra parte, es de importancia tener presente dos publicaciones más anteriores, por constituir antecedentes y complemento del presente trabajo: “La comprensión del texto poético desde Octavio Paz”, *R. Ch. L.* 20, noviembre '82; y “El fenómeno de la creación ensayística y su sentido en Ortega”, *R. Ch. L.* 24, noviembre '84.

Por lo mismo, desde el momento en que se alude a “ensayo”, es imprescindible destacar que se está mencionando el género de creación poética que es su esencia; y si comienzo llamando la atención sobre ello, es debido a la facilidad con que se denomina “ensayo” (reconozcamos que es un verdadero término comodín) a la prosa que es crítica, filosófica, periodística o de investigación, incluso en el terreno de cualquier tipo de ciencia.

No obstante, porque desde el título de lo aquí propuesto se está apuntando a la posibilidad de la “función” del ensayo en lo que concierne a “interpretar”, parece resultar evidente que ella se conecta con una operación que es investigativa; lo cual, a primera vista, se puede entender como contradictorio con respecto a esa cualidad poética que recién se le atribuía como supuesto. Porque, para no existir contradicción en este postulado básico (=creación que interpreta), ¿qué es lo que desaparece?, ¿la cualidad artística o la de medio de investigación o la interpretativa? Sólo que estas preguntas buscan conciliar racionalmente un supuesto problema.

De todos modos: la idea contenida en el título es absolutamente afirmativa, por lo cual el camino a seguir habrá de ser distinto, para responder a un problema sobre el que hasta el momento se conjeturaba. Irá expuesto en tres partes, correspondientes a tres enfoques, cada uno de los cuales representa un tipo diferente de aproximación al tema.

I

Para comenzar, expongo lo que podría considerarse *la operación* realizada por el ensayo y la ventaja que obtiene sobre el afán científico predominante en un cultivo del conocimiento de la obra literaria, el que sujetándose al cálculo y a la obediencia a la necesidad, no tiene en cuenta factores como la fantasía ni la libertad en el mundo, según enfatiza, entre otros, un Nicolás Berdiaev en *La filosofía como acto creador*¹. Acudo a esta obra, pues aunque desde la filosofía parezca sugerirse un acercamiento extrínseco al tema, ello servirá de base a una consideración sobre *la ciencia, la que tampoco “conoce los secretos últimos, porque nunca franquea los pasos peligrosos del conocimiento”, razón por la cual se explica que “no conozca la Verdad, sino solamente verdades”*² y que se mantenga tan lejana a tener presente aquel inolvidable e imprescindi-

¹Buenos Aires / México, Ediciones Carlos Lohlé, 1977.

²Op. cit., p. 12.

ble principio de Ortega, para quien *el ensayo es la ciencia, menos la prueba explícita*³.

Cierto es que Berdiaev hacía sus reflexiones para contrastarlas con la posición propia de la filosofía e incluso de la religión; pero lo más importante, en cuanto a la advertencia que se ha comenzado por formular, es el peligro de lo que él denomina “filosofía cientiforme”, concepto en el cual resulta involucrado todo pensamiento o idea que tenga lugar en el ámbito de lo que suele identificarse como ciencias humanas. Aquella filosofía cientiforme es la que pretende establecer “la omnipotencia de la prueba”; o bien: es la que no se considera suficiente al no permanecer aferrada a leyes de causalidad, y es la que obliga a una mayoría a pensar *a priori* “que lo verdadero es lo mejor probado”⁴.

Esta última frase está aludiendo prácticamente a lo que se ha denominado científicismo. “La comprensión del mundo en tanto que valor y significación”, dirá Berdiaev, “no es una comprensión científicista: es un acto creador y no una transacción con la necesidad”⁵. Queda entonces mejor destacado que la referencia a la filosofía correspondería a algo más amplio que a una ciencia, escuela o disciplina, y que en el fondo apunta a lo que es un filosofar, una reflexión —si se quiere una *Weltanschauung*, una experiencia, una perspectiva histórica. Todo esto es lo que quiere decir “comprensión del mundo en tanto que valor y significación”, por cuanto persisten esencialmente los principios que contemplan en primer término la relación hombre-mundo y, por otra parte, la imprescindible actualidad de la conciencia del sujeto.

Por esto mismo, la oposición al vicio científicista no proclama la libertad que resulte una cómoda facilidad. Al contrario, desde estas ideas que valen a modo de enfoque introductorio, se postula categóricamente que punto de partida para la filosofía no es ninguno de los grandes filósofos o de sus principales obras, por ejemplo; sino el ser mismo, la intuición del ser. Y así es como “la filosofía auténtica se une al ser y lo reencuentra a través de caminos directos”⁶. Su objetivo, como de algún modo ya se ha insinuado, no es la estructuración de sistemas, sino el hecho de “alcanzar el acto creador del conocimiento”⁷, y esa meta está muy lejana a obtenerla aquel intento de unirse al ser, sólo

³José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote*, 2ª ed. Comentario por Julián Marías, Madrid, Revista de Occidente S.A. 1966, p. 45.

⁴Berdiaev, p. 29.

⁵Berdiaev, pp. 21 s.

⁶Berdiaev, p. 34.

⁷Berdiaev, p. 34.

deshaciéndose del rigor. Esta vivencia ontológica del “arte de la filosofía” es todavía “más rigurosa que la ciencia” en lo concebido por Berdiaev, por cuanto “exige una tensión de espíritu más elevado y un grado más avanzado de comprensión humana”⁸.

Todo esto: la intuición del ser o vivencia ontológica, los caminos denominados directos, lo asistemático —“el acto creador del conocimiento”— son características que, dicho de paso, suelen contarse entre las propias del género del ensayo, o por lo menos del acto de creación ensayística. Lo último, a la vez, se identificará con el acto creador de elucidar y liberar al ser, que equivale a una aproximación a la verdad⁹. Ella “no se prueba ni se justifica de una manera discursiva”, por lo que “tarea de la filosofía sería llegar a una verdad formulada de una manera perfecta, percibida por la intuición y sintetizada por la forma”¹⁰. Así es como, una vez más, cabe mencionar que las ideas de Berdiaev hacen referencia expresa a “filosofía” —sólo que sin dejar de destacar lo que debe valer como una reflexión libre, acto en el que se perfila claramente la presencia del factor creador, análogo o aproximado al que es propio de lo artístico, mas no confundido con ello. Así es como el concepto de fenómeno ensayístico sólo se logra insinuar, algo que tiene lugar en quien tiene actualizado en su conciencia el juicio previo sobre tal idea. Apuntar a esto último era el propósito de las observaciones anteriores.

Por eso mismo, la mención de las ideas de Berdiaev adquiere un sentido, en cuanto ellas proporcionan apoyo a una proposición que desea plantear la base para discutir en torno al problema del fenómeno del ensayo ligado a la hermenéutica. Mediante ello se postula la actitud práctica de un sentido común, que desde luego es anticientificista, que necesita ejercer el *poder creador* y, a través de éste, puede encaminarse hacia lo que es *verdad*, y siempre realizando un *acto*.

Todo lo cual se pone en movimiento con esa conciencia de limitación que es inherente a lo humano. Por igual razón, si los puntos que se han destacado como principios tienen su validez, no adquiere menor vigencia que ellos la cita que va a continuación, una frase de Paul Valéry en el escrito suyo que lleva por título *Cuaderno B. 1910*: “Filosofar es posible a causa de la imposibilidad de registrar, de anotar las intuiciones”¹¹.

⁸Berdiaev, p. 38.

⁹Cf. op. cit., p. 26.

¹⁰Berdiaev, pp. 29 s.

¹¹En: P.V., *Tel Quel I. Cosas calladas —Moralidades - Literatura— Cuaderno B. 1910*. Barcelona, Editorial Labor, S.A., 1977, p. 120.

Pues bien, si la reflexión filosófica proviene de la imposibilidad mencionada, se tiene que el ser humano no desiste de su propósito de conocer, comprender y explicar. A propósito de ello se enfrentará la verdad y el método de la hermenéutica y, en un plano específico —el de la creación literaria—, habrá de ser el ensayo el intento de registrar lo que a la razón —provista de sus propias armas y de las que proporciona a la técnica (u obtiene de ésta, pero abandonada a sí misma)— le es imposible.

Hasta qué punto un intento supere el obstáculo que inhabilita, es el interrogante que resulta planteado.

II

Segunda aproximación al problema es lo que va expuesto en la parte que sigue, respecto al ensayo que no pierde su cualidad más relevante —la de obra de creación— y que desde ella ofrece ventajas al lector para interpretar un primer texto.

Pero continúa sucediendo con el ensayo aquello tan singular, aunque a la vez insalvable: que, como lo prueba la investigación sobre este género a través de la historia, difícilmente se lo puede definir. Lo cual no sólo significa que parezca imposible trazar líneas de límite en torno a lo que abarque como género o tipo, sino implica que suele confundírsele con todo escrito en prosa carente de carácter narrativo o dramático, pudiendo incluso recaer sobre lo que es un riguroso tratado de historia de la filosofía, por ejemplo, o en un mero artículo o crónica de periódico. Se insiste en no ver en él lo que es un verdadero género poético, expresamente aquello que hiciera creadores literarios, artistas, en su sentido más genuino, a un Montaigne o a Bacon. Y es esto, el carácter de obra de arte, el supuesto que va aquí considerado como base imposter-gable para tratar el concepto de ensayo.

Tenemos, empero (podrá decirse), el ensayo que es interpretante de otra obra literaria. Y, por cuanto no se lo puede identificar con el estudio literario (esa otra confusión en la cual se cae con frecuencia al denominar “ensayo” a este último), aun cuando tengan objetivos comunes, se exige de él objetividad en el tratamiento de una materia, lo cual le es extraño, y no procede que contenga ni pretenda obtener.

Pero mantengámonos en la característica de creación poética que tiene el ensayo, según se había partido proponiendo. ¿No puede, acaso, operar interpretando con respecto a un texto, tal como lo es una interpretación de cualquier objeto que la reflexión ensayística se ponga por tema? ¿No podría, si se concluyera positivamente con respecto a lo anterior, quizá ser el ensayo una buena solución —parcial y relativa—

en cuanto a los problemas que las ricas y cada instante más vastas y profundas teorías literarias con sus respectivos métodos no logran solucionar?

En todo caso, es obvio que con ello no se está calculando la posibilidad de un nuevo medio para el investigador literario. *Por cuanto partimos del principio que está considerando aquí al ensayo que es obra literaria, no puede ser, por lo mismo, un instrumento para el estudioso.* Ello hace que la pregunta formulada sea calificable de ambiciosa en cuanto al poder que parecería estarse atribuyendo al género. De esta misma raíz resultaría, seguramente, una conflictiva duda, sobre todo para el teórico literario que cree en el poder de la razón para habilitar al hombre con los medios que alcancen la verdad en la transcripción de una interpretación de un texto, mas no en aquel que sabe situarse con modestia, adoptando una postura que reconoce —permítaseme repetir una advertencia que desgraciadamente se olvida:— que arte no es técnica, que la técnica proporciona medios de aproximación al poema, y que si bien es cierto que la teoría literaria *provee* mejor al lector, no lo es menos que ella *no hace* al mismo.

Al tocar este punto, corresponde aclarar que me encaminaba hacia una meta que resulta próxima: primeramente, a mencionar la constatación de que se comprueba en los trabajos investigativos la ausencia de ese elemento imprescindible que es el destinatario, identificable como lector en lo que respecta a la obra literaria de creación, provisto del poder que la hace posible; luego, a destacar que el ensayo sí puede —y debe— contener tal elemento, en virtud de su calidad de obra de arte. Esto quiere decir: que *el lector de un ensayo que tenga por tema una crítica o interpretación, no pierde la posibilidad de ejercer su facultad de co-creador, condición de la cual por supuesto se está privado en el caso de enfrentar un estudio.*

Por lo mismo, aunque tal vez redundando, *ha de ser forzosamente un lector co-creador el que traiga a vida ese texto ensayístico; o, de lo contrario, no habrá de captar su esencia.* Quizás de este modo se consiga, por fin, *plantear una base para desde ella llegar a comunicar una interpretación.*

III

En tercer término, intento caracterizar en su esencia la función interpretativa, destacando el principio de la acción en la actitud ensayística del filósofo; mencionando la ambición de conocimiento que debiera mantenerse en lo que es filosofar o acto de conocer; pasando a la ubicación del hermeneuta que se sitúa con respecto a la historia en los

estudios literarios —Gadamer y Szondi, específicamente—; para desembocar en lo que representa el ejemplo de un ensayista —Octavio Paz— que habilita al lector en el acto de interpretar a través de la creación ensayística.

Teniendo en cuenta la hermenéutica literaria y sin olvidar, por lo mismo, el requerimiento científico, convertido en prejuicio, que suele insistirse en mantener cual requisito básico en todo lo que concierne al estudio literario, procuraré aproximarme a considerar el experimento interpretativo; abordando, para comenzar, ejemplos que dicen relación con temas previos, como es el caso del conocimiento. En el punto 6.52 de su *Tractatus Logico-Philosophicus*, escribe Ludwig Wittgenstein: “Sentimos que incluso cuando todas las posibles preguntas científicas han sido respondidas, nuestros problemas vitales no han sido tocados en absoluto. Por supuesto, ya no restan preguntas que hacer: y justo ello constituye la respuesta”¹².

En otros términos, Wittgenstein extrae una conclusión que es la más simple y a la vez más concreta —sólo que tal razonamiento ante todo está ratificando el que los denominados “problemas vitales” no hayan sido tocados, mostrando el distanciamiento que producen las ciencias con respecto al ámbito de la vida. Así entendida, esa frialdad lógica de la consecuencia contiene una insatisfacción. Como que anteriormente, en su *Tractatus*, 4.112 afirmaba: “La filosofía no es una doctrina, sino una actividad”, a consecuencia de lo cual se dejaba entender la frase próxima: “Una obra filosófica consiste esencialmente en elucidaciones”. No es distinta tal actividad, razón por la que “El resultado de la filosofía no es ‘proposiciones filosóficas’, sino la aclaración de proposiciones”. La actividad del proceso de obtener esto último, en cambio, sí que sería afirmación vital, aun cuando como conclusión de la obra que se ha citado, resulte ese punto 7, contenido en la frase de sentido común que suele parecer patética: “De lo que no se puede hablar, se debe callar”. Porque a pesar de ser, en sentido estricto, un conocimiento, o, según se definió, una conclusión o, por fin, una máxima, ella contiene la esencia que representa el proceso de filosofar: la acción.

Siguiendo en lo que es campo de filosofía y conocimiento, se encuentra un buen ejemplo en Otto F. Bollnow, quien en su obra *Introducción a la filosofía del conocimiento*¹³ lleva a cabo una revisión del concepto

¹²L.W., *Tractatus Logico-Philosophicus*. The German text of L.W.'s *Logisch-philosophische Abhandlung*, with the Introduction by Bertrand Russell. London, Routledge & Kegan Paul, 1961 p. 148.

¹³O.F.B., *Introducción a la filosofía del conocimiento*. La comprensión previa y la experiencia de lo nuevo. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1976.

“teoría del conocimiento”, al que opone la idea de “filosofía del conocimiento”. Se supone que la primera ha sufrido una derrota y quiere ser reemplazada por la teoría de la ciencia; es decir, algo que pasa a ser labor de ciencias particulares, sin interesarse en lo que pudiera denominarse “conocimiento natural”, ni conectarse con filosofía.

Como el pensar lo requiere por imprescindible, se debe emprender su búsqueda, sin embargo; y en ella aparece como uno de sus puntos de partida el que no se trata ahora de la misión de la doctrina del conocimiento, sino de una elucidación filosófica del mismo. “Pienso que debería cumplirse”, sostiene Bollnow, “un nuevo giro en la problemática, a saber, desde la teoría del conocimiento en sentido tradicional hacia lo que se denominaría, en cambio, una filosofía del conocimiento. La función de ésta no sería asegurar o perfeccionar el conocimiento; no constituiría, por lo tanto, una disciplina tecnológica. Por el contrario, *tendría por tarea comprender la naturaleza y la función del conocimiento en la trama total de la vida humana: no servir de guía para conocimientos futuros, sino comprender al hombre mismo...*”¹⁴.

Todo lo citado implica efectuar el acto de comprender. Pues si las frases de Wittgenstein aludidas habían destacado a la filosofía como actividad y no como doctrina, en el caso de Bollnow se tenía a la teoría (o “doctrina”) del conocimiento como ya no vigente (o, en todo caso, no en ejercicio) y, en su lugar, al papel activo que pasaba a desarrollar una filosofía orientada en el movimiento hacia una posible comprensión. A esta altura, conviene que se efectúe sin más un alcance en lo que respecta al conocimiento literario, para lo cual comenzaré teniendo en cuenta el fundamental estudio de Peter Szondi, “Über philologische Erkenntnis”.

Parte Szondi de la idea que “en la hermenéutica no pregunta la ciencia por su objeto, sino por sí misma, esto es, sobre cómo llegar al conocimiento de su objeto”¹⁵. En otros términos, lo fundamental es que en la búsqueda se trata de la búsqueda misma, del hecho de inquirir o experimentar. Podría también decirse en forma más simple, pero con igual valor: se trata del acto de leer, ampliándolo a la constitución del sujeto-lector y a la fenomenología de interacción texto-lector¹⁶. Así es como se entiende de qué manera en el caso de un poema hermético —argumenta Szondi—, es impostergable que se le compren-

¹⁴Bollnow, p. 33.

¹⁵Peter Szondi, “Über philologische Erkenntnis”. En: P.S., *Hölderlin-Studien*. Francfort 1970, p. 10.

¹⁶Cabe aquí una referencia directa a lo que son ideas de Wolfgang Iser, en *Der Akt des Lesens. Theorie ästhetischer Wirkung*. Munich, Wilhelm Fink Verlag, 1976.

da en el proceso de abrirse, porque sólo así se posibilita el captarlo en su relevante condición hermética, “puesto que sólo así es el poema que es”¹⁷.

De una u otra manera se ha estado insinuando, o incluso expresándolo directamente, que más importancia tiene la actividad crítica que el hecho de enunciar o captar un conocimiento que se entiende como resultado. Sin prescindir de lo anterior como base, es importante agregar el significado objetivo de la subjetividad frente a algo tan concreto como el material que enfrenta el investigador en su interpretación. “*Evidencia* se llama el criterio adecuado, al que debe someterse el conocimiento filológico”, dice Szondi. “En la evidencia, el lenguaje de los hechos reales no es pasado por alto ni entendido equivocadamente en su materialización, sino que se le capta subjetivamente condicionado, a la vez que subjetivamente percibido en el conocimiento: es decir, preponderantemente en su verdadera objetividad”¹⁸.

Entender objetivamente una subjetividad, se ha dicho. El sujeto que interpreta un texto no parte de un punto cero. No existe conocimiento que se enfrente desde una base tan estricta y absoluta, pues “una vez que ha urdido la trama del lenguaje, el hombre queda envuelto en ella y ya no tiene acceso a la realidad”¹⁹, había sostenido Bollnow apoyándose en Wilhelm von Humboldt, para decir luego, aludiendo a la tarea del historiógrafo, que “éste, para entender, debía haber entendido desde siempre”²⁰.

El mundo comprendido, el comprender que “ya está ahí” es la realidad desde la cual se enfrenta la interpretación que ahora nos interesa; y de esto que nos está dado, que nos proporciona la historia a través de la tradición, provienen los conceptos de pre-juicios o juicios previos, o sin más: los prejuicios (pero siempre con valor positivo). Todo compone el lenguaje, es literatura, es la herencia que abarca la vida entera, realidad ante la cual se sitúa ubicado un intérprete, provisto de tales o cuales elementos que el tiempo le entregó a su naturaleza; y quien interpreta se halla frente al texto, que trae consigo estos y aquellos vínculos con determinadas realidades, en tal o cual medida pretéritas o presentes.

Sucede que la hermenéutica literaria —ahora me refiero especialmente a la que deriva de Heidegger y a la que fundamentó Hans-

¹⁷Szondi, p. 12.

¹⁸Szondi, p. 27.

¹⁹Bollnow, p. 25.

²⁰Bollnow, p. 29.

Georg Gadamer— no puede prescindir de estas difíciles condiciones, pues para el último, en su obra capital *Verdad y método*, “la literatura es más bien una función de la conservación y de la transmisión espiritual, que aporta a cada presente la historia que se oculta en ella”²¹. De esta idea es posible extraer una base para aludir a la historia de la literatura y se obtiene la fundamentación del concepto de literatura universal, la cual “no es en modo alguno una figura enajenada de lo que constituye el modo de ser de una obra según su determinación original. Por el contrario, es el modo de ser histórico de la literatura en general lo que hace posible que algo pertenezca a la literatura universal”²². Más adelante en *Verdad y método*, y basado en Hegel, Gadamer se refiere al “comportamiento histórico de la imaginación”, la que provista de esos poderes: acción, visión histórica e imaginación, contempla el pretérito, sin pretender una restitución del pasado, pero sí una mediación reflexiva con la vida actual, cumpliendo así la hermenéutica con una función que posibilita un sentido a la interpretación de un texto en el transcurso del tiempo: se trata de lo que equivaldría a “hacer historia”, efectuarla y participar de ella —desde una calidad de elemento constitutivo y, a la vez, contenedor del transcurso temporal.

Hasta aquí lo que valiera a modo de planteamiento que concentra características de una actitud interpretativa con respecto al texto literario.

Sin embargo, Hispanoamérica tiene a un poeta —Octavio Paz— que ha sido ya contemplado en bibliografías como ligado a la hermenéutica y, aunque no con frecuencia, sí es aludido directamente en lo que se refiere a tal aspecto. Esta referencia podría explicarse asimismo del siguiente modo: el fenómeno hermenéutico de Octavio Paz ha sido abordado, sin lugar a dudas; sólo que en un lenguaje que no lo define francamente provisto de la propiedad que nos interesa en este momento²³.

²¹H.G. Gadamer, *Verdad y método*. Fundamentos de una hermenéutica filosófica. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977, p. 213.

²²Gadamer, p. 214.

²³Cf., p. ej.: Graciela Maturo (y otros), *Hacia una crítica literaria latinoamericana*. Buenos Aires, Fernando García Cambeiro, 1976.

Graciela Maturo, *Introducción a la crítica hermenéutica*. Buenos Aires, Editorial Tekné, 1983.

Andrés Ortiz-Osés, *Mundo, hombre y lenguaje crítico*. Salamanca, Ediciones Sígueme, 1976.

Enrico Mario Santí, “Textos y contextos: Heidegger, Paz y la poética”. En: *Iberorromania* 1982, N° 15, pp. 87-96.

Cf., además, mis dos artículos citados en la primera nota.

Habré de referirme a él en cuanto a su forma de ensayista, específicamente como el que *realiza teoría* —esto es: quien teoriza e interpreta— en *El arco y la lira*²⁴. No hago alusión al poeta lírico, que tampoco deja de estar presente en su obra ensayística máxima; pero baste con advertir, por ahora, que al hablar de ensayo, se supone (en este caso ha de ser así, de acuerdo con lo expuesto al comienzo y en especial en lo que llamé “segunda aproximación”) la obra de creación literaria, carácter que se entendería opuesto, o por lo menos radicalmente distinto, al propio de quien escribe en el campo de la teoría literaria. Como que no correspondería al investigador exhibir en sus escritos científicos o, en aquellos que revelan disciplinas de estudios, la característica distintiva del ensayo. ¿Entonces quién y qué es este Octavio Paz que nos escribió *El arco y la lira*?

Para buscar la respuesta, examinemos la parte que se titula “Poesía e historia” y, para mayor precisión, dentro de ella las páginas referidas a “La consagración del instante”. De partida, se está operando con términos que parecen antagónicos, o que representan una oposición dialéctica, o que traslucen la convergencia hermenéutica de lo que es *unidad* y lo que es *todo*.

Paz lo dice al afirmar que es característica del poema “su necesaria dependencia de la palabra, tanto como su lucha por trascenderla”²⁵; pues, aunque todavía no se señala la otra parte, aquella que contendrá a la palabra, va destacada y en ejercicio la energía que requiere. Lo que habrá de contenerla —a la *palabra* (que vale como análogo o paralelo a *poema*)— es la realidad espacio-temporal. “El poema, ser de palabras —aquí está la hipótesis de Paz— va más allá de las palabras y la historia no agota el sentido del poema; pero el poema no tendría sentido —y ni siquiera existencia— sin la historia”²⁶. Hablamos ahora de sentido del poema e historia; en forma análoga teníamos antes, con Gadamer: interpretación (que bien podía ser de un poema) e historia.

Igualmente, si se había considerado que la ciencia histórica no disponía de un tiempo presente con respecto a hechos pretéritos, y que la ciencia literaria tenía, en cambio, siempre el presente del texto, no se puede ignorar que esta misma característica vincula y compromete al poema con la historia. “Inexorablemente”, agrega Paz, porque “como

²⁴O.P. *El arco y la lira*. El poema. La revelación poética. Poesía e historia. México / Buenos Aires: FCE, 1956 (=AL).

²⁵AL, p. 181.

²⁶AL, p. 181.

toda creación humana, el poema es un producto histórico, hijo de un tiempo y un lugar”²⁷.

Desde otro ángulo podría decirse, y en apoyo a lo mismo, que el poema trasciende la historia y se convierte en un presente potencial, en lo que arbitrariamente se designa cual hipotético *punto* en la *recta* que representa al movimiento temporal, o que se sitúa en la vaguedad del *ahora*, dentro del cual la imaginación parece poder dar mejor cabida a lo que es herencia, enfrentada por una persona humana, mediante la poesía.

Pues el creador literario, por tanto, no ha escapado a la historia; tampoco si la niega, la combate o cree ignorarla —y sólo así es como puede llegar a revelar al hombre. Wittgenstein iba tras lo vital, Bollnow nos habló del hombre y la teoría de Szondi también necesitaba la condición humana para el conocimiento literario. Por ello mismo, ahora que se alcanza al ser humano, nuevamente, cabe deducir que esto se ratifica en el lector, quien re-crea y, al hacerlo, cumple idéntica función que el poeta. Ambos realizan aquello de la acción y mediante ésta el lector se crea a sí mismo, “se hace ser humano” en ese “instante”, “punto”, “ahora”, “circunstancia”, “lugar” o como se llame; pues está actuando, en virtud de su naturaleza, con respecto a los otros y al futuro, y condicionado por la tradición y la herencia que otros dejaron (que no por eso son pretérito, sino que se conservan dinámicas) —y el instante se consagra, poesía e historia son una sola esencia.

O también se podría decir que la una es porque la otra. Un ejemplo bien claro es el que expone el propio Paz en *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*: “Estamos ante realidades complementarias: la vida y la obra se despliegan en una sociedad dada y, así, sólo son inteligibles dentro de la historia de esa sociedad; a su vez, esa historia no sería la historia que es sin la vida y las obras de Sor Juana”²⁸. Sin duda, es algo que ya estaba contenido en *El arco y la lira*, pero no en un ejemplo tan nítido como éste, donde se explicita concretamente lo que es el fenómeno de tener lugar el círculo hermenéutico, pues: “No basta con decir que la obra de Sor Juana es un producto de la historia; hay que añadir que la historia también es un producto de esa obra”²⁹.

Pues bien, esto se vivió desde lo que Octavio Paz denomina “experiencia poética”, situada dentro del difuso marco que puede proporcio-

²⁷AL, p. 183.

²⁸O.P., *Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*. Barcelona, Seix Barral, 1982, p. 15.

²⁹O.P., *Sor Juana*, p. 15.

nar lo que es un “instante”, o en el espacio que mal habilitaría la convergencia en un “punto”. Dicha experiencia equivale a una nitidez interpretativa (que fuese explicada anteriormente, a propósito de Szondi) y constituye la comprensión de la palabra del poeta. Esta revelación no es explicación y es inexplicable y, por lo mismo, no cabe pensar que represente el saber sobre algo: “No es una explicación de nuestra condición”, se lee en *El arco y la lira*, “sino una experiencia en la que nuestra condición... se revela”³⁰.

La comprensión de tal experiencia es lo que correspondería traducir al lenguaje explicativo. ¿Pero cómo intentar explicar, suponiendo que procediera acceder a las exigencias que requieren precisión, sistema, ciencia y técnica? —Pues aquí, finalmente, vendría lo que propongo, esta vez aferrado a lo que es el ensayo de Paz. No es afirmativo, no es negativo; es una pregunta, es un experimento, quizás si sólo un intento; pero es reconocimiento del poder del Dichter. Ya lo dijo Paz: esto es inexplicable; y lo había aconsejado la conclusión del *Tractatus Logico-Philosophicus* de Wittgenstein: no hablar sobre lo que no es posible. En otras palabras, lo único que resta es nada menos que todo lo que condujo a ello. Sólo que el vacío que parecen insinuar estas palabras no es tal; si lo parece, es justo porque lo dicen los poetas y es ahora donde encuentra su auténtico sentido la función interpretativa del creador literario. Es el papel del ensayo, del género de creación poética que representa, con sus características de cálculo, de expresión reflexionada, de lo que es mantenerse en búsqueda de algo, de intentar. Porque ensayo (o lo ensayístico) es eso: actuar, accionar, dar de ese modo un sí a lo que es movimiento vital, no pudiendo traducirse en una ficción esa dinámica, pero volcándose el autor en lo que tal dinámica es. *El ensayo interpretativo de una obra (que no puede prescindir de la condición creadora de él) sería la versión escrita del comprender de la misma, sería el acto de verter in-mediatamente la interpretación de un texto poético en un nuevo texto, poseedor éste de igual esencia.*

Porque si en los conocidos conceptos de Paul Ricoeur, “leer es ejecutar una partitura”, y, por lo mismo, practicar un arte, se puede agregar que grabar esa ejecución (o lo que a ello o a su análogo se aproxime) significa escribir el ensayo respectivo. *Sólo el ensayo pudo conseguirlo, precisamente por no postular definitivos, sino por abrir al lector posibilidades de una versión de acceso directo a la verdad.* Y si alguien se apresura a objetar que este logro no es ni con mucho algo definitivo, ha

³⁰AL, p. 189.

agregado lo que faltaba: que tal parcialidad o relatividad es lo que ha estado otorgando su poder más amplio a la interpretación ensayística a través de la historia.